



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE JULIO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Luciendo con elegancia e intensidad

BAJO EL BRILLO DE UNA COPA DE VINO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Javier entró al salón de cortes de cabello y encontró un lugar relativamente oscuro y con ilustraciones colgando de las paredes: calaveras, hombres con barbas puntiagudas, hipsters con anteojos cuadrados y cabellos color verde. No había fila de espera, solo un hombre voluminoso y alto con poco cabello, acercándose a la calvicie, sentado en una silla de estética y que no paraba de hablar con la única peluquera: quien lo atendía frente al espejo.

Eran pocas las ocasiones en que Javier entraba a una peluquería. Normalmente hacía el trabajo él mismo, primero con una máquina de fabricación china que se le descomponía con frecuencia, y luego comenzó a realizarlo con las tijeras de la papelería. Ocasionalmente le pedía ayuda a alguna amiga. De niño y adolescente el cabello se lo cortaba su madre. Pero, ahora, cuando entraba a la barbería, lo hacía con la determinación de un golpe de hacha sobre un madero, porque sabía exactamente lo que iba a pedirle a la señorita.

“¿Cuánto cuesta el servicio para caballero?”, preguntó Javier a la recepcionista. “El paquete estratégico sale en cuatrocientos cincuenta. Incluye masaje en el cuero cabelludo, una cerveza y una mascarilla”. “Necesito un corte estratégico; pero no de ese tipo”, respondió Javier. “El corte básico incluye el corte más un agua mineral o natural, por doscientos cincuenta pesos”. “Ese. ¿Cuánto debo esperar?”. La chica se levantó de la silla y le dio la vuelta a la barra para dirigirse con la peluquera. Le dijo algo al oído y volvió a su lugar. “En cinco minutos sigue usted”. Javier tomó asiento en el sillón negro de piel, bajo la pared de imágenes ricas en ilustraciones apocalípticas. Esos cinco minutos le fueron suficientes a Javier para dar un repaso a varias de las ocasiones en que había acudido a una peluquería.

La primera, en la colonia donde vivía con sus padres a los doce años, en Monterrey. La familia enfrentaba el compromiso de asistir a una boda esa noche y la madre no podía cortar el cabello a todos. Envió al niño con la peluquera de la colonia. No, precisamente, con la peluquera chismosa que atraía a la clientela necesaria para llenar un estadio de fútbol, sino con la nueva: la que acababa de abrir su negocio en la calle de Santa Anita, en la sala de su casa. Cuando la mujer acabó, le preguntó a Javier, mientras el muchacho se colocaba los lentes para mirarse frente al espejo: “¿Qué te parece?”. Y al notar la falta de alguna reacción en el muchacho, la mujer le dijo: “Si no te gustó, puedo recoger los cabellos del piso y pegarlos de regreso con Resistol”. El joven no sonrió. ¿Aquello era posible? ¿Le cobraría una cantidad adicional si aceptaba? En fin... descendió de la silla de la estética y pagó el precio del corte.



Javier también recordó el día en que, a los treinta y siete años, entró a un centro comercial en la Ciudad de México, y una voz desde su interior le dijo: “Nunca olvides este día”. Iba a cortarse el cabello porque esa tarde impartiría su primera clase de Apreciación Musical en El Péndulo de la Roma Norte, en el Foro El Tejedor. El primero de los días de su nuevo futuro, alejado del cemento y de la arena en las obras que hasta entonces construía para convertirlos en edificios de casas habitación. Llevaba años soñando con componer música; pero, primero, necesitaba conocer las obras de los Grandes Compositores, por lo que se animó a preparar un curso de Apreciación Musical con los conocimientos de teoría musical que hasta entonces tenía. Esperó su turno. Luego, fue llamado a tomar asiento en el sillón de barbero y escuchó la voz de la dama que le preguntó: “¿Cómo quiere su corte?”. De la boca de Javier salieron las únicas palabras que solía pronunciar en esas circunstancias. “Algo moderno”. Pero fue la última vez que las repitió, porque aquel fue, verdaderamente, el último día de su vieja vida.

Once años después, en este presente y bajo las imágenes de calaveras y mujeres de cabellos colorados, esperando a que el voluminoso hombre de amplia calva dejara de hablar y hablar con la peluquera, sabía lo que iba a decir ante la pregunta: “¿Cómo lo quiere?”.

“Necesito parecer un coleccionista de arte”, le dijo, “estar adelantado a la moda”. La mujer se emocionó. Comenzó con las tijeras de corte y rápidamente pasó a las de esculpir. De pronto, iba y venía con las tijeras de hoja curva y con las de cocodrilo. Veinte minutos más tarde, Javier quedó listo. Se colocó los anteojos. Se miró aterrorizado y pensó: “Bueno, definitivamente esto es adelantado a nuestros tiempos”.

No había conseguido componer música

en esos once años. Pero había conseguido un trabajo como espía en los banquetes ofrecidos por embajadas. Cuando, en la reunión de esa noche, fijó su objetivo y se acercó a ella para platicar, se presentó como tal: coleccionista de arte. “Pensé que usted era arquitecto”, le dijo ella. “Conozco sobre la creación de espacios, lo cual no está muy alejado de la arquitectura”, respondió él. Esa noche, él la acompañó en el Uber a su casa y obtuvo lo que necesitaba: su dirección postal bajo un pelambre de árboles sobre Avenida Reforma. Y su número de teléfono celular: el golpe de vino tinto que había que alumbrar bajo la luna.

LA OSTRA PERDIÓ SU LUZ...

OLGA DE LEÓN G.

Subió a su auto y tomó rumbo. Iba en busca de un accesorio para el vestido largo que luciría esa noche, en el baile anual del Casino. Era el Club “Blanco y negro”. Por eso su vestido tenía algunos visos blancos, un blanco entre marfil y perla en los holanes de las mangas y el cuello en corte “V”, así como la banda que ceñía su cintura. Al principio no le gustó eso de la banda en color claro: “me hará ver gorda, medio cuadrada... ¡no sé!”, -arguyó. Su madre y su tía, por vez primera estuvieron en sincronía: “Tienes una cintura demasiado pequeña y amplias caderas, lo que acentúa tu cintura: Te verás muy bien, para nada, gorda”.

Tenía tres años de casada con Luis, y aún no tenían hijos. Por decisión de ambos esperarían tres años más; cuando la casa ya fuera de ellos, y no del Banco. Total, treinta y un años, era una ideal edad para traer al mundo a su primer hijo.

Se concentró en la conducción del auto y la dirección de la casa que buscaba. Le habían dado esa dirección con la seguridad de que allí hallaría lo que quería: un collar y aretes finos, a buen

precio.

Se estacionó, o aparcó el auto -como diría Luis-, en la acera de enfrente a donde estaba la casa con el número 1683.

Oprimió el botón del timbre y esperó. Dos minutos después, la reja antes de la puerta se abrió y alguien acudió a abrir la puerta principal, que era de fina madera, caoba, seguramente; Marina no sabía mucho de maderas, solo reconocía el pino, cedro y caoba.

- Buen día, señorita. Llega usted muy puntual. Pase, por favor. La conduciré a la salita de espera, enseguida bajará quien la atenderá.

- Permítame su vestuario, lo colgaré aquí mismo. Qué bien que recordó traerlo, así podremos orientarla mejor en su compra.

Con las manos libres, aprovechó para confirmar su cita con la chica que le daría forma al corte de cabello que traía, un poco simplón. En fin, le pondría lucicitas y arreglaría todo lo del rostro: una ligera exfoliación, nutrientes para párpados, comisuras de los labios y frente. El masaje facial la hacía sentirse muy bien. Pareciera que la rejuveneciera, ya que le tumbaba la cara de cansada y desvelada que tenía a diario.

Dejó mensaje en el “chat”; de inmediato recibió respuesta: - La esperamos dentro de cuatro horas y media. - ¡Perfecto!, allí estaré. - Eso le daba tiempo para ir a comer a casa y descansar media hora. Estaría en la estética ligeramente antes de las cinco de la tarde... y saldría de allí, transformada, embellecida: lista para llegar a su casa, ponerse el vestido, los accesorios y...

Ya se estaba tardando la dueña del lugar en bajar y mostrarle lo que tenía para ella, en esta ocasión especial, su primer baile de casada en el Salón del “Blanco y negro”. De muy jovencita, antes de los catorce años, la habían llevado sus padres a un Baile del Club “Blanco y negro”, en Matamoros, Tamaulipas. Este era aún más exclusivo, en su ciudad de residencia, y no tendrían que tomar la carretera.

Por fin, bajó la Miss, impecable en su vestuario y con su apariencia siempre fina y elegante. ¡Buen día!, Marina preciosa. Veamos qué necesita usted. Se dirigió detrás del mostrador que ella tenía enfrente; se agachó un poco y extrajo de un cajón un estuche de madera fina -caoba, seguramente-.

Marina ya estaba frente al mostrador: La ostra que sacó la Miss, y los aretes con perla y un pequeño brillante, fueron los elegidos. La mujer sabía qué le gustaba a su cliente, y le iría bien con el vestido de noche: pues, aunque eran perlas (joyas diurnas), también llevaban un diamante cada arete y el dije en platino, dos junto a la perla casi recién extraída de su concha...

Literalmente así fue, La dueña abrió la ostra y la perla cautivó a Marina: La ostra que perdió su perla se quedó sin luz, en la oscuridad de su hábitat.



Alexandre Dumas

(Alejandro Dumas padre; Villers-Cotterêts, Francia, 1802 - Puys, id., 1870) Novelista francés. Hijo de un general del ejército francés que dejó a su familia prácticamente en la ruina al morir en 1806, Alexandre Dumas tuvo que abandonar pronto sus estudios. Llegó a París en 1823, tras una primera experiencia como pasante de abogado, lleno de ambiciones literarias. Gracias a su puesto de escribiente para el duque de Orléans, que obtuvo por recomendación del general Foy, consiguió completar su formación de manera autodidacta.

Desde 1825 editó poemas y relatos largos, y representó vodeviles en teatros de variedades, pero el verdadero inicio de su carrera como dramaturgo se produjo en 1829, con Enrique III y su corte, primera manifestación de la nueva generación literaria romántica, anticipándose un año al Hernani, de Victor Hugo. Antony, en 1831, marcó los principios de una etapa de creación infatigable de dramas, tragedias y melodramas, casi todos de exaltación de la historia nacional de Francia.

Gran admirador de Walter Scott, a partir de 1832 escribió también novelas históricas, aprovechando el auge del género propiciado por su publicación por entregas en los periódicos. A pesar del poco éxito de sus primeras novelas, la aparición de Los tres mosqueteros, en 1844, significó su salto a la fama. Las sumas ingentes de dinero que se le ofrecían, dada la creciente demanda de sus novelas por parte del público, motivaron una verdadera explosión en la producción de Dumas. Trabajando incontables horas al día, y con la ayuda de varios colaboradores (entre los que destacó el historiador Auguste Maquet, con quien trabajó de 1839 a 1851), llegó a producir ochenta novelas, de desigual calidad.

La mayoría de ellas pertenecen al género histórico o al de aventuras, en el que destaca sin duda El conde de Montecristo.

Regresó a Francia en 1853 y fundó la revista satírica El mosquetero, que se transformó, en 1857, en El Monte-Cristo. Ante la continua censura de Napoleón III, abandonó de nuevo Francia y se sumó a la expedición de Garibaldi en Sicilia, en 1860. Se encargó de comprar armas para el revolucionario italiano y se instaló, durante cuatro años, en Nápoles, donde Garibaldi lo nombró conservador del museo de la ciudad. Enemistado con el cardenal Francesco Zamparini, fue expulsado por los napolitanos, e impulsó en París nuevos intentos periodísticos, que abortaron al poco tiempo.

Arruinado, vivió los últimos años de su vida a costa de su hijo Alexandre Dumas, también escritor, y de su hija, Madame Petel. Pretendía haber escrito más de mil doscientas obras, y, aunque sin duda exageraba la cifra, dejó unos trescientos libros y numerosos artículos, que hicieron de él uno de los autores románticos más prolíficos y populares de Francia.

ad pédem literae

Si tuviésemos suficiente voluntad casi siempre tendríamos medios suficientes.

François de La Rochefoucauld

Letras de
buen humor

A los viejos les gusta dar buenos consejos, para consolarse de no poder dar malos ejemplos.

François de La Rochefoucauld

Marta Rebón

Algunos hombres justos

Navegamos entre contradicciones y los absolutos son trampas de la razón. Lo sabe bien el refranero, en el que tanto encuentras uno para afirmar una cosa como para rebatirla. Hay un proverbio que dice que los árboles no dejan ver el bosque, referido a esos momentos en que la obsesión por los detalles oculta el conjunto. Aun así, no es menos cierto que cuando se pone la lupa en algo (en una vida concreta, por ejemplo) se nos revela todo un bosque, las claves de su época y de lo que vino incluso después. Y no tiene que ser la de alguien célebre, pues la política atraviesa todos los cuerpos, como observamos en Regreso a Reims, tanto en el ensayo de Didier Eribon (Libros del Zorzal) como en su libre adaptación cinematográfica, que es una disección de la clase obrera a partir de la vida de los padres. Me reafirmé en esta impresión cuando acepté un encargo editorial para novelar las biografías de dos mujeres de épocas distintas, una rusa y otra francesa. Sofia Kovalévskaya fue la primera mujer matemática en obtener, en la segunda mitad del siglo XIX, una cátedra universitaria. Al indagar en los pormenores de su vida, y no en abstracto, reviví los sacrificios descomunales que debía afrontar entonces una joven para acceder a los estudios superiores, como casarse por conveniencia con algún joven progresista que le permitiera viajar a

alguna de las poquísimas universidades en el extranjero donde se aceptaran estudiantes u oyentes femeninas. Sí, por suerte había (y hay) hombres feministas, como el que luego, en Estocolmo, le ofreció la cátedra a Kovalévskaya.

La otra, Olympe de Gouges, me trasladó a la Francia de la Revolución. Lo que más me sorprendió de este verso libre que defendió los derechos de los hijos bastardos, los esclavos y las mujeres fue darme cuenta de que cuando me hablaron del hito que supuso la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano me ocultaron que el título aludía de manera literal al hombre, y que la mujer seguía siendo entonces una ciudadana de segunda que un siglo después aún aparecía definida, en el gran diccionario de Pierre Larousse, como “hembra del hombre, ser humano organizado para concebir y traer hijos al mundo”. Las definiciones han cambiado, pero la concepción de la mujer como un artefacto reproductivo sigue presente, en no pocas mentes y en ciertas leyes. Persiste la idea de que el fin último de la mujer debe ser el de madre abnegada y cuidadora. Por eso De Gouges hizo su propia versión de la Declaración para incluir explícitamente a las mujeres, con el apóstrofe: “Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Quien te lo pregunta es una mujer”.



¿Aspiran los hombres a ser justos? Hace poco acompañé a Ivan Jablonka en el Instituto Francés de Barcelona, en la presentación de su último libro traducido al catalán y al español. Este autor parisino hace precisamente eso: leer la historia a partir de vidas concretas. Lo hizo con sus abuelos exterminados en Auschwitz y después con el feminicidio en Laëtitia o el fin de los hombres (Anagrama), en el que reconstruyó la biografía de una joven de dieciocho años violada y asesinada en la Francia de la pasada década. Estos últimos días volví a Jablonka, en concreto a su ensayo Hombres justos, y lo hice tanto por la guerra en Ucrania como por la decisión del Supremo estadounidense. ¿Es posible que se vea hoy a las mujeres como se hacía en los diccionarios del siglo XIX? Hay una masculinidad nociva, esa que une con una línea sutil a los líderes autoritarios, hombres fuertes defensores de valores tradicionales, con

la persistencia de la guerra y el militarismo, y la discriminación sistemática de las mujeres y las minorías sexuales. Más de dos siglos después, a la vista de las inequidades y la violencia, aún cabe preguntarse si los hombres son capaces de ser justos, como reflexiona Jablonka en alusión a De Gouges.

La desprotección del aborto en Estados Unidos amparándose en que la Constitución -escrita en su momento por hombres blancos, como han señalado los jueces contrarios al fallo- no lo especifica como un derecho es una prueba de la ignorancia de la historia de dominación masculina que cuestiona cualquier avance.

“Porque conquistaron la libertad y la igualdad, las mujeres encarnan la norma de una sociedad democrática: corresponde a los hombres adaptarse a ese Estado de derecho y de hecho”, dice el historiador francés.